

Juan Tovar

QUIEN HA CAIDO Y QUIEN HA QUEDADO ATRAS

You say you love me and you're

Thinking of me

But you know, you could be wrong

—¿Entonces?

El café de la universidad a mediodía —voces, ruido de cubiertos, resonancia de sinfonola entre las paredes arqueadas para formar bóvedas absurdamente cubiertas con pintura de aceite amarilla. Yolanda sorbió su refresco en actitud pensativa. Peno no pensaba nada: después del choque inicial se había distraído. La pregunta de Nicolás cintiló apagándose antes de que ella pudiese referirla a algo—; de nuevo el choque, amortiguado pero idéntico, deslumbramiento lanzado por un latido brusco.

—Si quieres pensarlo bien. . .

Haber dicho eso, eso debería haber dicho, qué tonta. Sonrió agradecida —Sí, pensarlo bien — y bajó los ojos porque él se los miraba con insistencia. Claro, pensarlo bien, llevárselo a su casa y encerrarse en su cuarto y pensarlo, saborearlo, discutirlo en voz alta, pensarlo bien. Impaciencia por irse, por estar sola con el regalo y desenvolverlo: pensarlo bien. Terminó el refresco y apartó

—No, no, adiós, hasta luego.

Echó a correr por la acera de las, los libros apretados contra el pecho. Nicolás la miró atentamente hasta verla dar vuelta en la esquina: los zapatos de niña con todo y tobilleras, la falda amplia demasiado larga, el cabello opaco recogido en una pequeña coladecaballo que apenas oscilaba con la carrera. Suspiró tierno y cansado al cruzar la calle con el cigarro entre los dientes. Descendió el declive hacia la plaza de Analco: casas viejas, misceláneas oscuras con olores ya no conservados en ninguna otra parte, carpinterías, niños jugando en la tierra, una gran tranquilidad amistosa bajo todos los ruidos: como en un pueblo: a veces le habría gustado vivir en un pueblo, ser carpintero o labrador, no más estudios ni pérdida de tiempo, si había que construirse una vida comenzar ya, sacarle algún dinero a su padre, casarse con Yolanda, irse los dos a un pueblo. Pero por otra parte esa construcción se le hacía demasiado fácil, acaso rehuir una responsabilidad, una oportunidad de algo más febril, más activo. Importante. No: *todo* es importante, luchar por algo grandioso equivale a trabajar para una familia: formas distintas de una sola prueba

la botella. Nicolás bebió sin dejar de observarla. Su mirada la hacía sentir ganas de temblar leve, secretamente. No bajó de nuevo los ojos: hasta sonrió ojalá con naturalidad. El río como si viera a través del desplante y miró la taza al ponerla sobre el plato encharcado de café con ceniza. Enrojeciendo un poco Yolanda miró también la taza, notó la rajadura y el borde despostillado. Si bebiera de allí sabría sus secretos: por un momento la idea la convenció, por un momento pedirle un trago de café fue cuestión vital. Nicolás encendió otro cigarro y echó el cerillo en la taza. Yolanda escuchó el chirriar recordando cómo la flama se había agitado ligeramente: entonces él también está nervioso, pensó sin creerlo mucho.

—¿Nos vamos?

El patio de ingeniería: sol brillante fuera de las arcadas, la fuente seca en el centro, estudiantes en las bancas, a la sombra, retardando el momento de volver a sus casas. Nicolás saludó a algunos mientras Yolanda y él caminaban hacia la puerta.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Como las dos.

—Qué barbaridad, van a regañarme. Adiós.

—Te acompaño.

—lo mismo pero una forma correspondía a alguien, otra a alguien más. ¿Cuál a mí? Interés casi de espectador. Esperando el destino. Creándolo a ciegas: dando pasos sin saber a dónde irían, sembrando semillas sin saber cuáles iban a germinar, ni siquiera a qué plantas darían origen. Experimentando. Yolanda por ejemplo —no, no pensar así de ella— aunque un fragmento de la satisfacción por haberse decidido a hablarle se debía a eso, al interés en experimentar. Ahora tal vez había sembrado su matrimonio, su hogar, su trabajo incluso, tantas cosas: extraño que algo como decir quiero hablar contigo, como hablar en una mesa del café a mediodía pudiera ser decisivo a tal grado —o acaso no: ella diría no y ya o diría sí y durarían dos meses de novios y ya: semilla estéril, anticlímax imposible de enfrentar: la semilla importaba, tenía que desarrollarse, tenía que. Apagó el cigarro contra un poste (también ese cigarro podía haber decidido algo, colaborado en la preparación de la muerte); un autobús se detenía frente a la cantina azul y un muchacho se desperezaba para ir por la tarjeta y marcarla en el reloj. En la cantina sonaba una sinfonola destemplada, un bolero romántico. ¿Habría llegado Yolanda a su casa? ¿Qué estaría haciendo? Recostada en su cama pensando en él. Contándolo todo a su hermana como chiste —como defensa, para

disimularse la emoción. Tiene miedo. Me tiene miedo, pensó Nicolás con algún asombro, con seguridad renovada. Acostada oyendo el palpar de su corazón: trémula. Pensando. No, no pensando. Sintiendo, sintiéndose trémula, sintiendo esa emoción donde está todo lo que podría pensar y más aún. Todo. El desarrollo completo de la semilla plantada por Nicolás, la germinación que también él siente, sabe antes de ver cumplida. Inexplicable, ilógico, incoherente si lo pensara pero no lo piensa. O tal vez sí, en alguna parte que logra abstraerse del palpar, porque de pronto viene la idea: es una broma. Es un chiste. Es una apuesta. A que me hago novio de la Jícama —así le dicen por el cabello café opaco recogido en coladecaballo. Risas. No serás capaz. Cuánto apuestas. Diez pesos, cinco pesos. Hecho. La emoción destruida, dispersada, irrecuperable: ahora *está* pensando —ilógico, incoherente, por qué habría de fijarse en mí; está recordando, reinterpretando en forma sombría.

—¡Yolanda! ¿No oyes?

Se levantó despacio, dijo: —Voy, mamá —sin ocuparse de alzar la voz lo suficiente para ser oída abajo. Todos estaban a la mesa

novio formal. Contaba esas declaraciones al descuido, con diversión; antes habían sido un secreto confiado sólo a Yolanda. En las noches, recién apagada la luz, Yolanda la sentía atravesar el cuarto y sentarse junto a ella.

—A que ni sabes. Hoy se me declaró fulano.

Y luego los detalles que Yolanda escuchaba cumpliendo una rutina de reacciones, pensando ojalá se mueran fulano y tú, jugando con el impulso de expresar eso y reprimiéndolo —hasta la noche en que dejó de reprimirlo y con algo de susto sintió cómo iba llenándola para surgir en un grito violento:

—¡Ya no me cuentes tus porquerías!

Se cubrió la cara con las mantas temiendo un golpe. Tras un silencio sintió a Cristina inclinarse sobre ella.

—Tienes envidia —dijo con precisión, con rencor intenso.

—¡No es cierto! —gritó Yolanda incorporándose.

—Tienes envidia, tienes envidia.

—¡No!

Cuando la madre fue a ver qué pasaba Yolanda estaba llorando.

comiendo sopa de chícharos. Yolanda se sentó junto a Cristina.

—Pareces sorda, ni siquiera contestas —dijo su madre y: —¡Sírrete *más!* —cuando ella vació en su plato medio cucharón de sopa. Yolanda añadió unas gotas.

—Qué poquito —dijo Humberto con intención. Ella empezó a comer despacio, cada cucharada un amago de náusea.

—Oye Cristina —dijo de pronto. Su padre la miró con severidad y ella siguió comiendo. Cristina alzó una ceja medio extrañada medio en burla. El padre pasó un bocado antes de dictaminar:

—Quien come y canta loco se levanta. Luego platican.

Humberto hizo gesto de loco bizqueando y sacando la lengua. La madre reprobó con un ademán subrepticio. Yolanda casi lloraba, recriminándose por haber olvidado el pretexto favorito de su padre para regañar en la mesa. Ahora ya no podría decir nada a Cristina (menos después de aquella ceja alzada) pero acaso sería mejor. Cristina conocía a Nicolás, fue su compañero en la preparatoria pero qué podía decir sobre él la muy imbécil. Tal vez ni lo recordara. Le dio rabia esta posibilidad, también la otra probable: Cristina diciendo con la nariz levemente arrugada: —Ah sí, Nicolás, se me declaró una vez —porque todos sus compañeros se le habían declarado siempre y seguían haciéndolo aunque ya tenía

Tenía preparado su desquite: —Cristina anda con muchos muchachos —pero no lo usó, no dijo nada y no fue por miedo sino por la certeza entonces imprecisa de que el mejor desquite vendría a largo plazo: Cristina la bonita sujeta, perdida, condenada en la trampa que era su belleza vana y superficial: con el tiempo, demasiado tarde, se daría cuenta y Yolanda sería la triunfadora última: Yolanda la fea —no fea realmente y eso era mejor aún, el no hacer nada por el rostro armonioso y los ojos grandes y claros, no usarlos de ninguna manera ni las piernas rectas y los senos erguidos, ignorarlos, disimularlos, no importaban, importaba otra cosa algo más allá de todas las trampas, lo seguro y lo cierto. Nicolás era una trampa, tendía una trampa —sorpresa de no haberlo advertido antes pero luego las cosas aparecieron menos sencillas: ¿por qué una trampa, en qué forma estorbaba su camino hacia lo importante? Imposible saberlo con lo borroso que eran los contornos de lo importante y también los de aquello que Nicolás representaba mientras no pudo hallar una palabra para definirlo —y cuando la halló la perspectiva fue otra: amor. El amor no podía ser una trampa, al contrario. El la amaba. Ella ¿lo amaba? Y eso era todo, para qué tanta cosa, tanta pregunta, sólo había una: ¿lo amo? No, pero ¿la amaba él? ¿Cómo saberlo?

¿No sería todo una broma, una apuesta, una trampa? Por qué, por qué era tan complicado todo, por qué pensar es un laberinto: una se descubre caminando en círculos, da vuelta en dirección distinta y es lo mismo —recovecos, imágenes como señales ambiguas que pueden o no llevar a alguna parte; los dos solos en un cuarto en penumbra y ella probando una de las señales, diciendo:

—No me quieres, nomás andas conmigo mientras encuentras a alguien mejor —y él por un segundo sin saber qué decir porque por un segundo es absolutamente cierto, es un secreto develado pero no, en realidad no lo es: —Sí te quiero. No puede haber nadie mejor para mí —y es cierto, es la verdad, *esa* es la verdad y otras señales la apoyan o acaso las mismas que apoyaban la afirmación de ella pero vistas desde el otro lado de la ambigüedad, cargadas con el valor contrario: te quiero precisamente por lo que tú crees que no te quiero, porque eres torpe, porque te obstinas en parecer fea, porque se burlan de ti —pero esto no se dice, no puede decirse porque entonces tendería a recobrar la carga opuesta: nada puede ser exacto en palabras, ser sincero en palabras es inútil, es idiota,

—Ajá. Y si tú sigues faltando te vamos a quitar el puesto.

—Imagínate, qué harán sin secretario de cultura —a Silvia que por cortesía sonrió y dijo:

—¿Qué haces?

—Nada. No se puede hacer nada. No hay presupuesto. Una vez por no dejar me puse a cantar con mi guitarra trepado en la fuente. Pero nadie se dio cuenta de que era una actividad cultural. Me tiraban veintes, decían pobre cuate y se seguían de largo.

—¿En serio?

—Por supuesto que no. Estaba imaginando posibilidades.

—Ah —dijo Silvia ya sin sonreír y volvió la cara. Nicolás bebió quemándose la lengua. Tenía prisa por irse: ya no le causaba ninguna gracia estar haciendo el maltercio; se sentía mezquino, sórdido.

—Eres un buey —dijo Ricardo—. Ya que estás en una planilla debías aprovecharte. Es un puesto fantasma, okay, pero cualquier comienzo sirve. Te conviene estar al tanto, conocer gente, que te conozcan a ti.

Nicolás bebió otro trago: —Arrástrate y tendrás poder. Y luego

es mentir, empantanarse.

You say you told me that you

Want to hold me

But you know, you are not very strong

Encendieron la luz. Nicolás se incorporó con sobresalto.

—¿Estabas dormido? —dijo Ricardo al bajar el volumen del tocadiscos. En la puerta había una muchacha de quince o dieciséis años con uniforme de colegio religioso, atisbando tímida. —Pásale. Conoces a Nicolás ¿no?

—Quihubo Silvia —dijo él. Silvia le dio la mano sonriendo forzadamente. —¿Quieres un café? Acabo de poner agua.

Silvia negó. Nicolás fue hacia la parrilla eléctrica tarareando la canción del disco, esquivando la mirada impaciente de Ricardo. Ahora que se frieguen, voy a quedarme a tomar mi café. El agua empezaba a hervir. Nicolás sirvió nescafé y azúcar en una taza.

—¿Tú no quieres, Ricardo?

—No gracias —y a Silvia: —Siéntate ¿no?

Nicolás desconectó la parrilla, se sirvió agua y ocupó el banco del restirador.

—Cuenten algo ¿no? Por qué tan callados. ¿Fuiste a la junta, Ricardo?

nos quejamos de que nuestro gobierno esté heecho de imbéciles y asesinos. Buena frase para mutis. Nos vemos, que se diviertan.

En el pasillo se detuvo unos instantes: como suponía, Ricardo quitó inmediatamente su disco. Ahora pondría Ray Coniff, apagaría las luces y a darle —lo pensó con disgusto que trasladó a la parodia: esta juventud depravada, dijo imitando una voz de anciano. Pero el cinismo no logró neutralizar el disgusto: al salir a la calle notó la persistencia de ambos, grotescos, repugnantes, autoritarios. Data not assimilated, indigestión del alma: sus clasificaciones para ese tipo de malestares insistentes a veces incluso físicos. De nuevo, maldita sea, me lleva la chingada. Apoyado en el umbral, apretando los dientes, mirando las sombras en la fachada gris de la Santísima buscó un modo de recuperar el equilibrio y pensó en Yolanda pero el contrapeso cayó del otro lado: imágenes de Yolanda desnuda pero con tobilleras, con el peinado en desorden de siempre, recostada en el sofá del despacho y sonriendo con lujuria —lo sobresaltó visualizar con exactitud la sonrisa, la expresión que nunca se le habría ocurrido para el rostro de Yolanda. Trató de cambiarla pero el cuerpo desnudo lo impedía; trató de vestirlo poco a poco pero cuando terminaba de imaginar una prenda las demás habían desaparecido: Yolanda se alzaba la

falda y ya no tenía pantaletas y abría las piernas sonriendo, sonriendo. Las voces de un grupo que pasaba frente a él lo hicieron enfocar la calle, ver la Santísima. Cruzó titubeante entre los automóviles detenidos (Yolanda se apretaba los senos, se acariciaba el sexo): la solución era como demasiado fácil para ser auténtica y además se le hacía desagradable, descortés llegar a una iglesia poseído por aquellas visiones (Yolanda lo miraba jadeante con las manos entre los muslos) o quizá temía que la posesión resultara más fuerte que la iglesia, que todo porque entonces —entonces... Pero entrar en el recinto abovedado fue como salir a un exterior amplio, como si la bóveda fuese más alta que el cielo oscuro y en la amplitud el peso de negrura se volvió pequeño y ridículo y lo mismo el Nicolás abrumado por él. Como un niño, caray, como un niño de diez años. En una capilla se rezaba el rosario. Atraído por aquel centro de calidez sonora Nicolás fue a arrodillarse tras las figuras enlutadas. Vaso espiritual, vaso de honor, vaso de devoción insigne, rosa mística: mientras participaba en el coro de ruegaporél contempló cada atributo sin permitirse reprobar la entonación mecánica del seminarista que iba enuncian-

necesito verte. Pero si no quieres no. Cálmate. Ya no llores.

You say you disturb me and you

Don't deserve me

But you know, sometimes you lie

—Por... por qué dices que necesitas

—No importa.

—No, tú dijiste. ¿Por qué?

—Porque... porque te *imagino* ¿ves? Pienso en ti así. Sin querer, ves, y son cosas —feas; digo, algo sucio, obsceno. Y sé que no es así, que no *debe* ser así... No sé cómo decirlo.

—Como... ¿cómo qué piensas?

—No sé, te digo, cosas

—Con... Tú y yo

—A veces. Pero tú sobre todo.

—Ah. Y... cómo. ¿Yo cómo?

—Te digo, así, obscenidades.

—Ah.

—Perdóname. No es adrede, no es que yo *quiera* pensar eso. Perdóname. No debí decirte nada. Es absurdo, es idiota, cosas de loco.

dolos. Arca de la alianza, puerta del cielo, estrella matutina, salud de los enfermos, refugio de los pecadores. Entonces vino de nuevo la visión de Yolanda desnuda pero no como antes, no contradecía esto: un cuerpo joven, inocente, armonioso, un rostro quieto, ojos claros abiertos en azoro contenido —no: mirando hacia abajo con pudor; la otra mirada es antes, cuando él le dice:

—Quiero verte desnuda.

—¿Para qué?

—Para nada. Para verte.

—No. Cómo crees.

—¿Por qué? ¿Por qué no?

—No.

—No es para nada malo. Nada más quiero verte.

—No, no, no.

—¿Por qué lloras? No llores. ¿Qué te pasa?

—Por qué me dices esas cosas.

—Yolanda, oye

—Ya me voy. Ya es tarde, ya me voy.

—Yolanda

—Suéltame. Suéltame.

—No, no te vayas. Espera. Si no quieres no, es que —es que

Yolanda apartó el rostro para esconder una sonrisa automática —había recordado la muletilla de su padre en la mesa, las gesticulaciones de Humberto. Nicolás se pasó la mano por el cabello, volvió a sentarse en el banco alto y bebió un sorbo de café. No la miraba. No iba a insistir: alivio y también desilusión. La idea de desnudarse ante él era terrible, escalofriante y el escalofrío anticipaba algo anhelado, era una vibración insoportable pero casi grata, una expansión en algún centro de sangre y músculos y nervios, aliento cortado, anuncio de llanto. ¿Sería capaz? Tocó el botón superior de su blusa. ¿Podría desabrocharlo, desabrochar los otros, bajar el cierre de la falda —ahora, en estos instantes porque después ya sería destiempo? ¿Podría? Y la vibración era el sentimiento exilarante de flotar casi libre en la posibilidad como en el espacio cósmico —pero no *totalmente* libre porque había frenos, protecciones: temor a verse ridícula, a mostrar su ropa interior vieja y algo sucia —pero tenía buen cuerpo y lo sabía, pero él no vería la ropa en penumbra, con la luz apagada —sí, la posibilidad era completa y ella flotaba libre y eso era lo mejor, lo que realmente deseaba, no cumplir la posibilidad —pero si no la cumplía ahora, en los próximos segundos, la habría frustrado: no quería elegir pero la elección era

inevitable como el paso del tiempo. Esperó, siguió esperando; no haría nada mientras pudiera seguir inmersa en el vacío entre cabos sueltos, no decidiría nada mientras su inercia no significara decisión. Nicolás la miró sonriendo. Que no hablara, eso rompería todo.

—¿Estás enojada?

Negó con un gesto breve tratando de transmitirle la necesidad de silencio. Nicolás meneó la cabeza.

—Son ondas que me dan, ves. He de estar medio zafado. Una vez fui a ver a un siquiatra, al

—Apaga la luz —dijo ella y desabrochó el botón.

Y ya había terminado todo con esa frase y ese pequeño movimiento de los dedos; lo demás era cumplir un compromiso, trámites lentos y prosaicos. Un rato larguísimo para desabotonar la blusa bajo la mirada, la presencia de Nicolás, silueta contra la ventana —temible de pronto, anónima, desconocida, perseguidor en un sueño.

—Ayúdame, se atoró el cierre —dijo porque necesitaba verlo moverse, oírlo hablar, saber que era él. Pero cuando sintió sus

Nicolás se levantó, fue hasta el restirador y encendió un cigarro. Yolanda empezó a arreglarse la ropa: gestos sórdidos de tan cotidianos.

—¿Qué hora es?

Nicolás trató de leer su reloj. —Diez y cuarto.

—Ya me voy.

—Vámonos.

Hacía viento. El farol en la fachada de la Santísima oscilaba creando sombras cambiantes. Casi nadie en las calles —nadie fuera del centro. Caminaron sin hablar, sin tocarse: el aislamiento revelaba el único hilo que seguía ligándolos independiente del contacto y de las palabras, del amor incluso aunque parecía contener otras uniones, resumirlas distorsionadas o tal vez clarificadas y de ese modo su textura se sentía tan fuerte que Nicolás pensó: nunca se romperá, nunca nos separaremos (el hilo la cadena de una metáfora gastada, la explicación de que esa metáfora existiese) y había alivio en el pensamiento y había miedo —porque era una certeza absoluta, era saber sin sombra de duda, estar seguro de una vez y para siempre pero quién garantiza el para

manos temblorosas buscar el cierre de la falda el temor pareció revelarse entero como en un despertar brusco —y era temor hacia él. Se incorporó cerrando la blusa, huyendo de algo que intentaba succionarla.

—No. No puedo, no puedo.

Pero sí podía y lo que intentaba negar era la tentación, el juego con la posibilidad de ceder. Nicolás le puso las manos en los hombros y la hizo sentarse hablándole suavemente. Ella sólo oía el tono, el rumor ajeno tratando torpemente de atraerla, de fundirla en sí mismo, el eco del juego con el peligro que ella seguía negando —y entonces se relajó de pronto, se dejó atraer, succionar sin darse apenas cuenta de que había decidido ceder, de que el juego se cumplía. Nicolás le quitaba la blusa, le acariciaba la espalda, desabrochaba el brasier, tocaba sus senos y ella flotaba en una sensación ávida, en una intensidad aniquiladora. Reclinada, los ojos cerrados, se dejó disolver en la sensación, largamente, jadeando con suavidad al mismo ritmo que él. Y de repente cesó el ritmo, se rompió el contacto, la fusión. Nicolás se apartó y ella siguió aún con los ojos cerrados, esperando. Al abrirlos vio a Nicolás sentado en el extremo del sofá, la cabeza entre las manos. Respiraba quebradamente. Tras un rato la miró. No dijeron nada.

siempre: nadie, nada y recordando es curioso contar las veces que dijimos para siempre y eran cosas que ya no nos importan —pero también es como si el para siempre se hubiera cumplido en el instante en que se formuló y ese instante abarcara todo, corriera por toda la trama donde estamos todavía en el momento de recordar y estaremos toda la vida: un hilo de esa trama y el hilo indestructible que ambos sintieron, sienten, sentirán en ese camino por las calles vacías hasta la iglesia de la Soledad donde los árboles del pequeño atrio suenan con el viento. Falta una sola calle y él se detiene, quiere explicar algo y ella lo mira sin curiosidad y espera, es tarde y debe llegar a su casa y él lo sabe: sonríe y le da un beso rápido y echan a andar de nuevo dando la vuelta, calle abajo hasta la esquina desde donde se ve la casa. Se detienen de nuevo, ahora habría aún oportunidad de explicar pero cómo, qué: se dicen hasta luego y ella cruza aprisa. Por encima de la verja con hiedras él ve la puerta abrirse, cerrarse; tras un rato se enciende en el piso de arriba una ventana a la que nadie asomará. Camina hacia el centro: umbrales oscuros, nadie y entonces es cuando empieza a hablar sin meditarlo: paquetes de palabras formados en alguna parte de su mente van saliendo sin intervención suya.

—De veras, mira, yo creo que necesito un siquiatra o algo. Una

vez fui a ver a uno, al maestro Palacios pero

No es cierto —y para quién miente, para quién ensaya la mentira, ante quién. Estuvo en la antesala, sin embargo, con dos señoras gordas: una tejía, la otra estrujaba un pañuelo de papel y al abrirse la puerta del consultorio corrió hacia Palacios: —Tiene usted que ayudarme, doctor —era absurdo que esa señora dijera eso a Palacios, al ridículo maestro Palacios a quien Barroeta remeda tan bien: la entrada en el salón arrojando los cigarros y los cerillos hacia la mesa, las posiciones de pensador intenso que adopta para enunciar cosas que ya dijo, cosas que no tienen que ver con la clase pasada, rara vez cosas que sí la continúan. Sea lo que sea los aplicados toman notas: Cristina entre ellos. Nicolás corrige las galeras de la revista y cuando llega al poema de Lara añade la dedicatoria Para CR y se divierte pensando si Cristina sabrá que las iniciales son suyas, cómo reaccionará, qué hará el baboso de Lara, qué chismes y líos podrán armarse. Luego borra el añadido porque Lara es el director de la revista y acaso decida revisar por su cuenta.

—La etapa anal: el centro de la gratificación se traslada al

sonríe divertido —la misma sonrisa, casi, de cuando la ve alejarse corriendo por la calle trasera de la universidad, acercarse corriendo por el pasillo del colegio frente a las clases de la planta alta—.

—Hola.

—Como que se te hizo tarde ¿no?

—¿Y a ti?

—Me sacó el calvo Andraca.

—Muy mal ¿eh?

Se aleja corriendo y de nuevo (o por primera vez) Nicolás piensa que será una solterona, que en cierta forma ya lo es y la idea tiene un elemento de melancolía que desgasta la burla. La mira entrar en el salón de primero y desea que ya no la acepten en clase, que regrese aquí y platiquen mientras termina la hora: quedan todavía treinta y ocho minutos: todo lo que puede pasar en treinta y ocho minutos. ¿Pasar? ¿Qué quiere que pase? Pues nada pero está aburrido y sería mejor platicar con alguien. Pues todo. ¿Todo qué? Nada. No sabe —pero por algún motivo recuerda a los compañeros de Yolanda reír comentando que el maestro le preguntó algo y ella empezó a llorar porque no había

esfínter.

You say you're shaking and you're

Always aching but you

Know how hard you try

—Palabra, creo que ando medio zafado. Una vez fui a consulta con el maestro Palacios

—¿Y no te encerró? —sonríe Cristina.

—No pudo conmigo. Soy más inteligente que él.

—Payaso.

Neve sacó a bailar a Cristina. Nicolás se desplazó con su vaso en la mano hacia un grupo masculino: casi todos de primero. Discutían profesiones, ventaja y desventajas de entrar en la universidad local. Nicolás los escuchó aburrido. La hermana de Cristina se acercó —vestido azul de raso (como de dama de quince años) incongruente con las tobilleras y los zapatos de trabilla, con el peinado revuelto, con la asunción de una actitud madura que resulta actitud de solterona empeñada en disimular timidez.

—Anden, anden a bailar, qué hacen allí, todos a bailar.

Se lleva a un muchacho mientras sigue animando a los otros. El muchacho no sabe bailar y es evidente que tampoco ella: chocan contra las otras parejas, se miran los pies para no pisarse. Nicolás

estudiado. Una niña: una niña solterona: una flor que se marchitará sin abrirse: quiere, intenta abrirse y Nicolás contiene el aliento, se concentra: de él depende que se abra, se concentra y los pétalos comienzan a desplegarse uno por uno, multicolores; la gran flor se anima y ya no es una flor, es algo más —es una flor, asevera él a través del pánico y antes de despertar puede verla recuperar su forma: cerrarse.

—La unión del alma con Dios expresada como la unión de hombre y mujer, ¿ves?

—Y qué tiene que ver. Digo, ha de ser algo muy distinto.

—El alma se entrega a Dios como una mujer a un hombre.

—Pero no es lo mismo. Entregarse a Dios es otra cosa.

—Es una metáfora. Como si yo te digo que eres una flor.

—No es cierto.

—No pero sí, en cierto sentido sí.

—En ningún sentido. No soy una flor, soy —no sé qué soy.

—Para *mí* eres una flor.

—No es cierto. No me quieres, nomás andas conmigo mientras encuentras a alguien mejor.

—Sí te quiero. No puede haber nadie mejor para mí.

—¿Por qué no?

—Pues por eso, porque te quiero. No seas tonta, Yolanda.
 —¿De veras me quieres? En serio. ¿No preferirías a alguien como, como Cristina?
 —¿Como tu hermana? Claro que no, por
 —¿No te gusta? ¿No te gustaba en el colegio?
 —De gustarme —a todos nos gustaba, pero de allí a *enamorarme* de ella, a quererla como te quiero a ti... Qué cosas se te ocurren, Yolanda.

Pero a veces durante las clases la miraba con disimulo, a veces durante los recreos le buscaba plática, a veces se había masturbado pensando en ella —¿amándola? No, en absoluto —pero

You say you're sorry for

Telling stories that you

Know, I believe are true

cómo hablar tan fácilmente de absolutos si todos nuestros actos, todos nuestros sentimientos son ambiguos y tienen el valor que queramos darles, que los otros quieran darles. Preferirías a Cristina, a alguien así: porque a veces es como si no me soportaras, porque yo me entrego y tú me rechazas y por qué, porque quisieras a otra

—No me reí. Palabra.

Cristina fue a sentarse junto a Yolanda. Le tocó el cabello.

—Yolanda, no seas payasa. Cómo iba a reírme. No llores.

Ella se dejó consolar. Sonrió a su hermana.

—De veras —decía Cristina—, me da mucho gusto. Digo, no sé qué pienses hacer pero me da gusto.

—¿Por qué?

—Cómo por qué. Me da gusto por ti, me parece muy padre.

Por ti, porque tengas siquiera un poco de lo que yo he tenido siempre, porque ya no andes de rara, de santurróna despreciándome, porque estás al borde de la derrota, de la trampa —es una trampa, una desviación en el camino— ¿o es el camino? Hay que decidirlo, elegir uno de los latidos alternos: temor/avidez, sombra/resplandor, repulsión/deseo. Y no comprende la contradicción que de pronto ya está resuelta: la avidez también es temible por desconocida, el resplandor sombrío por corrupto, el deseo repugnante por vergonzoso.

—Déjame. Déjame.

La deja. Tras un rato se levanta a encender la luz.

pero entonces para qué todo, para qué quiero verte desnuda y te imagino —¿cómo? Desnuda, las piernas abiertas, húmeda, esperando, esperándote y te siento sobre mí, dentro de mí pero no soy yo, no soy yo

—Ya duérmete, ¿estás enferma?

—No. No tengo sueño.

—Pues yo sí y no me dejas dormir.

—Cristina.

—Mm.

—¿Te acuerdas de Nicolás? El que fue tu compañero en la preparatoria. Que ahora estudia arquitectura.

—Sí, por qué.

—No, por... ¿Cómo es?

—Ay. No sé. Tú lo conoces ¿no? Un poco raro, no sé.

—¿Te cae bien?

—Mjú. Ya déjame dormir.

—Se me declaró hoy.

—¿De veras? ¿Y?

—No sé. No sé.

—¿Qué te pasa? A poco estás llorando.

—Nada más te ríes de mí. No vuelvo a contarte nada.

Encandilamiento. Se sienta al restirador y enciende un cigarro y siente que esto ha ocurrido antes, muchas veces antes —esto: el sentimiento: como si toda su vida hubiera estado en él, como si fuese el denominador común de todos sus sentimientos, como si este encender un cigarro lo fuera de sus acciones y este despacho de los lugares que habita, este segundo de todos sus segundos. Microcosmos, microvida, centro de todas las ramificaciones, de los segmentos móviles que al converger se oscurecen. La semilla central, la única: no hay una sucesión de términos sino la multiplicación de factores por un cociente fijo.

—Carajo.

Vamos a aclarar las cosas, niña. Nos queremos ¿no? Entonces qué tiene de malo hacer el amor, dime. No es como si nada más fuera eso ¿me entiendes? Mira, yo mismo temía eso al principio, que nada más fuera a ser eso, pero ahora sé que no, no lo es, te lo juro, y tú sabes que no te engañaría, que si te digo esto es sinceramente. Es necesario ¿no ves? Entregarnos verdaderamente el uno al otro y es NECESARIO ni que estuvieras tan bien para ponerte tus moños pinche loca y quién se habría fijado en ti si no soy yo y además tú también quieres que cojamos deja de hacerte pendeja.

Apagó el cigarro y sollozó en seco mirando las palabras sin leerlas. Encendió un cerillo. En el papel quemado los trazos de tinta se distinguían aún, ceniza más oscura, brillo tenue.

—La primera en la frente para que nos libre Dios de los malos pensamientos.

Soltó la hoja cuando el fuego le quemó la mano. Pulverizó la ceniza y las palabras desaparecieron. Unas habían sobrevivido en la esquina intacta y eran como el residuo irrechazable que permanecía en su mente. Vamos a aclarar tiene de malo fuera nada. Se sentó en la cama apartando la guitarra. Tras un rato la recogió y tocó unos acordes desafinados.

You say you got some other

Kind of lover

And yes, I believe you do

—Dice mi mamá que te calles, que no la dejas oír su telenovela.

—Para qué quiere oír; siempre dicen lo mismo.

Se recostó con las manos tras la nuca y miró el techo reconociendo la topografía de bultos, manchas, moscos aplastados. Todo cambia con el cambio de término: hacer el amor es bonito,

largamente mientras los feligreses pasan mirándolos a los dos y luego se inclina sobre ella: —Qué tienes —para dejar suelto el pantano de palabras que intentaba evitar, que pudo evitar: debió irse, simplemente acaso darle un beso en la mejilla, apretarle la mano e irse: ya todo había acabado, ambos lo sabían, por qué alargar la cosa con trámites, piensa Yolanda irritada, silenciosa, rehusando colaborar en ellos, irritada también porque son un freno a su dolor, a la deploración de algo perdido que por intensa parece ser en cierta forma ese algo —ahora la única forma de alcanzarlo sería pasar la vida lamentando no haberlo alcanzado y es imposible hacer eso, abandonarse a la corriente del dolor: por principio de cuentas aquí están ya las preguntas estúpidas, la exigencia de respuestas estúpidas.

—Dime qué tienes.

—Nada. No tengo nada.

Nada. Desposeída. No tengo nada, ni siquiera amor si alguna vez lo tuve y no era eso lo que yo quería y quise conformarme con eso y éste es el castigo: ya no tengo nada.

—Yolanda, no te pongas en ese plan del siglo pasado. ¿Qué que

poético; coger es —pues coger como los perros y eso es lo que se hace, la misma cosa sólo que envuelta en eufemismos, en palabras y caricias y pantaletas de encaje. Encendió otro cigarro. Yolanda se había puesto la ropa interior y miraba una mancha sobre el sofá. Una flor que se abre se vuelve desfloramiento, una larga serie de frases y de emociones se reduce a una mancha que va secándose y algo más se seca, se enfría y él ya no tiene fuerzas para detener el proceso, disimularlo con palabras o caricias: sólo piensa que deberá voltear el cojín —pero cuando Yolanda lo mira aún puede formular una sonrisa: totalmente falsa y ella debe de sentirlo aunque sonríe también, porque luego baja la vista apretando los labios y Nicolás espera el llanto pero no lo hay: hay más sonrisas e incluso palabras y caricias suaves y acaso todo esté bien, seguirá bien, hicimos el amor y ahora compartimos algo más, estamos más cerca que nunca —y es curioso cómo podemos abandonarnos a los eufemismos y cómo entonces adquieren verdad por un tiempo al menos —porque el llanto llega el domingo frente a la iglesia del Carmen, al salir de misa: van hablando en broma sobre los curas que decidieron limpiar la pátina de la fachada para que se viera mejor cuando Yolanda se apoya contra esa misma pared de ladrillo viejo disfrazado de nuevo y empieza a llorar y Nicolás la mira

no seas virgen? Tampoco yo lo soy y Fernando lo sabe y no le importa.

—Pero tú

—¿Yo qué?

—Tú no eres yo.

—¿Y qué?

—Nada. Nada.

—Por qué lloras entonces.

—Por nada.

—Oh carajo.

En el jardín jugaban niños. Sol radiante con el matiz especial del domingo.

—Yolanda.

—Qué.

—Te quiero,

—Yo no.

—Por qué. ¿Por lo que pasó?

—No. No sé.

—Tú quisiste ¿no?

—No sé.

Desnuda ante el espejo del baño se prueba la pantaleta de

encaje tomada del cajón de Cristina. Se mira y sonríe. Posa cubriéndose los senos como la modelo de un anuncio. Ríe. Deja de reír. Se acerca al espejo hasta que sus pezones sienten la superficie fría. Amado con amada, dice mirando el vaho que oscurece su rostro. Amada en el amado transformada —se da cuenta de que mientras lee está planeando masturbarse después de apagar la luz y aparta el libro y se cubre la cara con las manos. Qué mierda soy, Dios, qué mierda absoluta. Y había otra capa, otro plan: leer eso a Yolanda, excitarla mientras finge tomarlo como debe tomarse: limpia, espiritualmente. Asqueroso fariseo, hipócrita, sólo te falta recitar los versos en un burdel.

—Qué bonito, ¿es tuyo?

—De San Juan de la Cruz.

—Ese santito se las traía ¿eh? ¿Vas a querer que subamos?

Y Ricardo sonriendo: —Te traes apantalladas a las viejas. ¿Hoy no vino el poeta? me preguntaron.

Pero no es por apantallarlas, es en serio, sólo así puede romperse la dualidad, no rechazando sino aceptando —pero al aceptar queda únicamente lo aceptado; la mitad que importa es

Porque no lo quería, ahora lo sabe y ése es el centro de fuerza, el centro intacto. No lo quería. No importa. No se entregó en verdad y ésa era la trampa verdadera: olvidarse, ceder esa vida central, dispersarla, perderse. No importa: Cristina tiene razón en una forma que ella misma ni siquiera sospecha. Un recuerdo. Una cautela. Un recuerdo cada vez más borroso y trivial. Fuerza renaciente, creciente. Hasta que ni siquiera tema verlo de nuevo. Está segura, es fuerte y el sobresalto de verlo subir en el autobús dura poco. De reojo lo ve titubear, luego acercarse a ocupar el asiento junto a ella.

—Quíhubo.

—Hola, qué haces.

—Nada, voy a la uni. Hay elecciones.

—Vas a votar.

—Y a cuidar las urnas. Soy el secretario de la verde.

—Ah.

—Tú a dónde vas.

—A clases.

—¿Dónde estás ahora?

devorada, mancillada por la otra. Con Yolanda tiene que ser distinto, con amor tiene que ser distinto, por eso es necesario —¿por eso? ¿O es nada más que quieres cogértela? No. ¿No? Bueno, también pero no es *nada más* eso. ¿No? Piénsalo bien, decídelo a tiempo. Pero ya no es tiempo y todavía no lo decide realmente y el te quiero suena a mentira y lo que en verdad querría hacer es arrodillarse frente a Yolanda y llorar y pedirle perdón por haberla engañado, por jugar con ella —aunque tampoco eso sería cierto del todo ¿o sí?

—Perdóname.

—Por qué.

Ahora la pregunta inútil es de ella y él es quien no responde y ella no dice más porque no quiere perdonarlo ni perdonarse ella misma —desea el castigo si es lo único que puede tener.

—Pero Yolanda, no te pongas en ese plan del siglo pasado. Es una experiencia que incluso te servirá. No es ninguna tragedia, por amor de Dios. No importa.

Y quizá no importa, quizás el camino sigue abierto y se puede salir de la trampa, se ha salido ya. Nada esencial ha sido entregado y algún día todo esto será sólo un recuerdo y una prevención.

—En la femenina.

—Ah claro.

El uniforme monjil de cuello duro y falda varios centímetros abajo de la rodilla: parecía justificar mejor lo demás, lo que él recordaba de antes: la coladecaballo, el rostro limpio de maquillaje, las tobilleras, la naturalidad forzada sobre la actitud medrosa y encogida.

—¿Cómo has estado?

—Bien. ¿Tú?

—Bien. Qué estudias en la femenina, ¿sigues con ciencias químicas?

—No. Contadora.

—Ah. Bien.

Una flor que se marchitará sin abrirse.

Bajó con ella y la acompañó hasta la puerta de la Universidad Femenina. Se despidieron de mano. La vio correr a confundirse con los otros uniformes azules en el patio y quiso gritarle algo, no supo qué, ni siquiera si algo cariñoso o insultante, sólo gritarle algo muy fuerte, raspándose, rompiéndose la garganta. Regresó hacia la universidad. En todas las paredes había letreros en pintura verde: vota por Ricardo Ramos. Alguien había tachado uno con una

palabra en chapopote: grillos. Ricardo estacionaba su coche en la esquina.

—Qué tal, mi secre. ¿Listo para la victoria?

—Listo, mi presi.

—Qué pasó, por qué no fuiste anoche.

—No tuve ganas.

—Te extrañaron las viejas. ¿Y el poeta? me preguntaban. Te las traes apantalladísimas.

También en la fachada de la Compañía había letreros en pintura verde. Nicolás se detuvo un momento. Miró la puerta de la iglesia mancillada dejándose añorar el interior en penumbra, ecos antiguos. Vaso espiritual, vaso de honor, vaso de devoción insigne, rosa mística. Una rosa multicolor se abre, se despliega en la oscuridad e ilumina todo —pero no hay nada más que ella, ella es todo. Consuelo de los afligidos, auxilio de los cristianos, reina de los ángeles, reina de los patriarcas.

Nicolás salió el último, tras el seminarista y dos mujeres que cuchicheaban con él. En el pórtico esperó a que las mujeres se despidieran y dio un paso hacia el seminarista.

qué no; platicar un rato de cualquier cosa y luego: —Quiero decirte algo —voz tranquila, subactuada, protegida por el ruido de la sinfonola. Ella: —¿Qué? —y él una pausa meneando el café para de pronto mirarle los ojos: —¿Quieres ser mi novia? —los ojos claros abriéndose en azoro contenido, desviándose mientras él los observa sin arriesgarse a tomar un sorbo de café: las manos le tiemblan demasiado. Espera

Sometimes it gets so hard to care
sintiendo, viviendo lo decisivo del instante —pero, piensa, todos

It can't be this way everywhere

los instantes son decisivos, cada paso que damos podría ser otro

And I'm gonna let you pass

cualquiera que nos colocaría ante un conjunto diferente de posibilidades para el paso próximo —pero hay ciertos instantes que no sólo hacen eso, que son semillas. . . ¿Cuánto había durado el silencio? Sintió que si lo dejaba seguir delataría su inseguridad —y no debía hacerlo; eso podía arruinar todo, dar a ella la seguridad necesaria para negarse.

—¿Entonces?

—Buenas noches.

—Buenas noches —contestó el otro con sonrisa abierta, esperando alguna frase, alguna confidencia pero Nicolás no supo qué decir y de cualquier modo no lo habría dicho a éste que ni siquiera sabía recitar bien el rosario. Sonrió a su vez y se alejó. Enfrente, arriba, en la ventana del despacho una luz tenue: penumbra pegajosa donde una pareja se acariciaba pero él estaba refrescado de esa penumbra, limpio y pudo sonreír condescendiente. Y la imagen de Yolanda era fresca también, pura. Ansió verla, decirle todo y con la conciencia del paso decisivo llegaron los primeros rastros de impureza, la pregunta de qué pensarían sus amigos. Pero qué importaba lo que pensasen y para qué explicarles si no entenderían.

—A que me hago novio de la Jícama.

—Eres capaz, cabrón degenerado.

—En serio. Hoy le canto.

—A que no.

—Cuánto vas.

Rechazó la contaminación: pensar sólo en Yolanda, en ella y él solos. Mañana. Mañana sería. Era jueves y a eso de la una ella cruzaría el patio de ingeniería para salir. Esperarla, cruzarse con ella, invitarle un refresco —tal vez se extrañara pero aceptaría, por

Yolanda empezó a decir algo, luego sorbió su refresco. Temió haber sido demasiado brusco, haberla ofendido quizá: también la ofensa sería un refugio, una actitud desde la cual decir no.

—Si quieres pensarlo bien

—Sí —Yolanda sonrió—, pensarlo bien.

Yes, and I'll go next, then time will tell

Just who has fell and who's been left behind

When you go your way and I go mine

—Te acompaño —dijo él en la calle.

—No, no, adiós, hasta luego.

Echó a correr por la acera de las lavas, los libros apretados contra el pecho. Dio vuelta a la esquina y miró atrás, aminoró el paso al ver que él no la seguía. Tomó hacia la Plaza de los Sapos por el callejón transversal, más calmada, más como siempre pero no calmada ni como siempre, quién va a estarlo si de pronto, sin ningún aviso una gran perspectiva se abre en el sitio donde antes hubo sólo una pared o nada —una perspectiva de abismos y valles y montañas, algo con lo que no se había contado y que tampoco se desea precisamente —¿pero cómo rechazarlo sin deploración, sin remordimiento, sin frustrar la codicia que desea abarcar *todo* ese paisaje y que de algún modo tiene que ver con nuestra raíz central?